

¿Cómo debemos comportarnos en la Casa de Dios, que se ha convertido en una «casa grande»?

Samuel PROD'HOM

biblicom.org

Índice

1 - La Casa de Dios se ha convertido en una casa grande	3
1.1 - La ruina provocada por el uso de materiales defectuosos	3
1.2 - La diferencia entre las 2 Epístolas a Timoteo	3
2 - El peligro de las falsas doctrinas	4
2.1 - La aparición de los falsos maestros	4
2.2 - Los efectos destructores de los errores	4
2.3 - El deber del siervo fiel	4
3 - El fundamento de Dios permanece inquebrantable	5
3.1 - El primer carácter del sello: Dios distingue perfectamente a los suyos	5
3.2 - El segundo carácter del sello	5
4 - La separación de los vasos a deshonra	6
4.1 - La necesidad de la purificación	6
4.2 - Los resultados de esta separación	7
5 - La santidad personal del creyente	7
5.1 - De lo que hay que huir	7
5.2 - Lo que hay que perseguir: la justicia, la fe, el amor y la paz (en este orden)	7
5.3 - La separación no es aislamiento	8
5.4 - ¿Dónde encontrar la energía necesaria?	8
5.5 - Invocar al Señor con un corazón puro	9
6 - La actitud del siervo hacia los adversarios	9
6.1 - Lo que hay que evitar	9
6.2 - Las cualidades necesarias del siervo del Señor	10
7 - El camino del fiel en los últimos días	10

Traducido de « *Le Messager Évangélique* », año 1927, página 177

1 - La Casa de Dios se ha convertido en una casa grande

La Casa de Dios es el edificio que el propio Señor construye en la tierra, y donde debe desarrollarse la actividad de los siervos de Dios (1 Pe. 2:4-5). Ha corrido la misma suerte que todo lo que se ha confiado a la responsabilidad del hombre; el mal y los desórdenes de todo tipo se han introducido en ella; todo se ha echado a perder.

1.1 - La ruina provocada por el uso de materiales defectuosos

El apóstol Pablo, como un sabio arquitecto, había puesto el fundamento, que es Cristo, y junto con otros siervos fieles había construido con buenos materiales sobre ese fundamento (1 Cor. 3:9-17), con oro, plata y piedras preciosas; pero otros vinieron y construyeron con madera, heno y paja, elementos ajenos a la propia naturaleza del cimiento. Así, la casa ha adquirido las dimensiones de una casa grande que no se ajustaba al pensamiento de Dios: lo que la caracteriza hoy es el mundo revestido de una forma cristiana, un conjunto que madura para el juicio. Sin embargo, sigue siendo la Casa de Dios, el lugar donde él habita por medio de su Espíritu; él no habita entre los paganos, ni entre los musulmanes. En este entorno se encuentran los creyentes a quienes el Señor ha dado, especialmente en la Segunda Epístola a Timoteo, las enseñanzas que necesitan para comportarse de manera digna de Dios y de su Casa, apartándose del mal que allí se encuentra. El Señor permitió que ese mal se desarrollara lo suficiente, ya en tiempos del apóstol, para poder darnos las instrucciones que necesitamos, ahora que hemos llegado a los «últimos días», a los «tiempos difíciles» de los que se habla en el capítulo 3, versículo 1, de la Primera Epístola.

1.2 - La diferencia entre las 2 Epístolas a Timoteo

Esta Primera Epístola se escribió para que los cristianos supieran cómo debían comportarse en la Casa de Dios, cuando todo estaba en orden; la Segunda, por el con-

trario, se escribió para que supieran cómo comportarse en medio del desorden provocado por la infidelidad del hombre.

2 - El peligro de las falsas doctrinas

2.1 - La aparición de los falsos maestros

Cuando Pablo escribió a Timoteo, los doctores de los que hablaba a los ancianos de Éfeso en [Hechos 20:30](#) ya estaban allí y anunciaban «cosas perversas».

2.2 - Los efectos destructores de los errores

En los versículos citados al principio de este artículo, estaban socavando la fe de algunos, diciendo que la resurrección ya había tenido lugar. En lugar de dejarse reprender y corregir por la Palabra, se adentrarían aún más en la impiedad, hasta llegar, en los días en que vivimos, a lo que se denomina las *luces*, tan alabadas, de la teología moderna. Su palabra, en lugar de edificar, carcomería como una gangrena.

2.3 - El deber del siervo fiel

En oposición a todo este mal, Timoteo –y, del mismo modo, cualquiera que esté llamado a enseñar la Palabra– debía presentarse aprobado, no ante los hombres, sino ante Dios, y exponer justamente la Palabra de la verdad, o literalmente “cortarla recta”: comprender el carácter de las diversas partes de las Escrituras, tener inteligencia de ellas, exponerlas con precisión, para no hacerles decir lo que no dicen, mezclando y confundiendo sus enseñanzas. Además, Timoteo debía evitar –y nosotros también– los discursos vanos y profanos, en lugar de correr a escucharlos con el pretexto de que aún hay algo bueno que sacar de ellos.

3 - El fundamento de Dios permanece inquebrantable

Es importante señalar que el mal del que se habla en estos versículos, que en su día se encontraba en sus inicios, pero que hoy está plenamente desarrollado, no es el mal moral, la mundanidad burda que, ¡ay!, también se exhibe a la luz del día en la cristiandad actual; *es la falsa doctrina*, una enseñanza errónea.

3.1 - El primer carácter del sello: Dios distingue perfectamente a los suyos

Así, en contraste con las doctrinas que hacen tambalear la fe de algunos, encontramos «el sólido fundamento de Dios está firme». Este fundamento tiene un sello caracterizado por 2 verdades importantes; en primer lugar: «Conoce el Señor a los que son suyos». En esta mezcla corrupta de la cristiandad, no es posible conocer a todos los que pertenecen al Señor. Por no hablar de aquellos que son abiertamente incrédulos o indiferentes, hay quienes pueden parecer verdaderamente creyentes, pero que mantienen discursos profanos sobre la persona del Señor o la inspiración de las Escrituras. ¿Se puede decir que pertenecen al Señor? ¡Solo Él lo sabe!

3.2 - El segundo carácter del sello

Sin embargo, hay una forma de reconocer a quien es verdaderamente creyente: es cuando obedece al segundo rasgo que presenta el sello de Dios, que constituye un mandamiento positivo: «Apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor». Pronunciar el nombre del Señor es profesar que se le conoce y que se está sometido a él. Este grupo de personas no puede estar formado ni por paganos ni por musulmanes, sino que constituye la cristiandad: en lo que se ha convertido la Casa de Dios. ¿Se reconocerá a un creyente en cada uno de los que llevan el nombre de cristiano e invocan, no a los ídolos, sino al nombre del Señor? No, pues es el Señor quien los conoce a todos, pero nosotros solo podemos reconocerlos si se apartan de la iniquidad. Si una de las caras del sello se refiere a Dios, la otra se dirige a la responsabilidad del cristiano. Esta responsabilidad es individual: «Apártese de la iniquidad todo aquel que invoca el nombre del Señor». Este nombre no puede estar vinculado a la iniquidad, a la injusticia. Por lo tanto, cada uno debe examinarse a

sí mismo en lo que respecta a su relación con aquello a lo que Dios llama con ese nombre. Esa iniquidad de la que hay que apartarse, como hemos dicho, no es solo el mal burdo que condena todo hombre que se precie de tener honor, sino lo que es injusto en materia de doctrina: todo pensamiento del hombre que este antepone al de Dios. Este mal resulta menos chocante para los hombres que lo que se denomina un pecado burdo, pero es muy grave a los ojos de Dios, ya que su Palabra se deja de lado para ser sustituida por la del hombre. Tal mal tiene su origen en la insidiosa pregunta de la antigua serpiente, en el Edén: «¿Conque Dios os ha dicho?» (Gén. 3:1), y es a ella a la que el hombre siempre está dispuesto a prestar oído. La Palabra no dice que la resurrección ya haya tenido lugar; afirmarlo es una iniquidad, al igual que todo lo que no se ajusta a la enseñanza de las Escrituras. Por lo tanto, de ese mal debe apartarse quien pronuncia el nombre del Señor. No puede haber comunión alguna con aquello que deja de lado la autoridad de la Palabra de su Señor. Huelga decir que la vida del cristiano debe estar igualmente libre de maldad moral; a ello se nos exhorta en el versículo 22.

4 - La separación de los vasos a deshonra

Para ilustrar su pensamiento sobre la necesidad de apartarse de la iniquidad, el apóstol toma el ejemplo de una casa grande, en la que debe mantenerse el orden para que el amo pueda utilizar los vasos de honor que allí se encuentran. En una casa así, hay vasos a honor y vasos a deshonra, representando unos y otros a todos aquellos que *llevan el nombre* de cristianos. «Si, pues, alguien se purifica de estos, será un vaso para honra, santificado, útil al dueño, y preparado para toda obra buena» (v. 21). Se ve que no se trata solo de formar parte de la Casa de Dios, sino de ser útil al Amo.

4.1 - La necesidad de la purificación

Según la opinión de muchos, los verdaderos creyentes no deben separarse del resto de los que profesan la fe cristiana, para que, en ese entorno, puedan ser útiles impidiendo el desarrollo del mal. Tal es el pensamiento del hombre, exactamente opuesto al de Dios, pues Él dice: “Si quieres serme útil, debes separarte de todo lo que me deshonra”. Aunque pueda tener vida, todo cristiano que permanezca vinculado a la iniquidad no tiene el carácter de un vaso a honor. Para ser un vaso a

honor, hay que estar santificado individualmente mediante una separación total de todo vaso a deshonra.

4.2 - Los resultados de esta separación

Una vez santificado, uno es útil al Maestro y está preparado para toda buena obra a la que este pueda llamarnos. Es en la separación del mal doctrinal donde se puede adquirir el pensamiento de Dios, la comprensión de su Palabra, lo que nos hace aptos para servir al Señor. La utilidad de un cristiano que no se separa de ese mal no puede sino ser muy limitada, si no nula. Conviene señalar que la Palabra dice: «Si, pues, alguien se purifica de estos», es decir, de los vasos a deshonra, de aquellos que permanecen vinculados a una falsa doctrina o que la enseñan; se identifican con ella, de modo que no pueden separarse de ella sin separarse de quien la propaga.

5 - La santidad personal del creyente

Esta purificación de los vasos a deshonra conduce a otro principio importante, al que el cristiano debe prestar toda su atención para ser agradable al Señor.

5.1 - De lo que hay que huir

El apóstol dice: «Huye de las pasiones juveniles» (v. 22). El creyente siempre lleva en su interior la naturaleza pecaminosa, a la que hay que negar todo alimento. Lo que la juventud codicia con tanto ardor caracteriza los deseos de los que hay que huir a lo largo de todo el camino y de los que hay que separarse prácticamente en cualquier momento de la vida cristiana.

5.2 - Lo que hay que perseguir: la justicia, la fe, el amor y la paz (en este orden)

Si hay que huir de los deseos de la juventud, hay que «sigue la justicia, la fe, el amor y la paz con los que de corazón puro invocan al Señor» (v. 22).

5.3 - La separación no es aislamiento

El creyente no está llamado a vivir aislado de sus hermanos, aunque es mejor permanecer solo, si es necesario, que permanecer en comunión con el mal; pero si, debido al triste estado en que se encuentra la cristiandad, hay que separarse de los cristianos que quieren seguir vinculados a lo que deshonra al Señor, hay que buscar a aquellos con quienes se pueda caminar por el camino de la obediencia, persiguiendo la *justicia*, lo que es justo a los ojos de Dios en todas las cosas: la ausencia de pecado en los más mínimos detalles de la vida práctica. También hay que perseguir la *fe*: el conjunto de verdades cristianas que la fe capta, la fe por la que estamos llamados a luchar en estos últimos tiempos ([Judas 3](#)), y que ha sido abandonada por la mayoría de los que se profesan cristianos. La fe es algo que hay que perseguir, porque el enemigo se esfuerza por hacer que se nos escape, introduciendo en ella los pensamientos de los hombres. No se puede conservar sin la práctica de la justicia, sin una buena conciencia, como en el ejemplo de Himeneo y Alejandro en [1 Timoteo 1:18-19](#). *El amor* viene después. Muchos cristianos desearían perseguir el amor antes que la justicia y la fe, es decir, antes de apartarse de la iniquidad y purificarse de los vasos a deshonra; pero solo se puede alcanzar el verdadero amor vinculándolo a la justicia y a la fe, pues el amor no puede soportar lo que es injusto, ya sea en la vida práctica o en la enseñanza. Tiene a Dios como objeto principal; es el motor que debe mover al cristiano en todo; «se alegra con la verdad» ([1 Cor. 13:6](#)). Lo mismo ocurre con la *paz*: solo puede perseguirse en la santidad y en la verdad, pues si se quisiera disfrutar de ella sin estas cosas, se caracterizaría por la indiferencia hacia el propio carácter de Dios.

5.4 - ¿Dónde encontrar la energía necesaria?

Para perseguir todas estas cosas excelentes, se necesita la energía que se obtiene de la comunión con el Señor y de la obediencia a su Palabra, pues vivimos en medio de una situación adversa, teniendo que luchar sin cesar contra una corriente cada vez más opuesta a Dios. Por eso debemos desplegar una energía constante para permanecer fieles al Señor. Si tenemos que perseguir algo, es porque tiende a escapársenos, y si tenemos que huir de otra cosa, es porque nos persigue. Por lo tanto, el cristiano necesita una vigilancia y una energía continuas.

5.5 - Invocar al Señor con un corazón puro

A nivel individual, el cristiano debe apartarse de la iniquidad, purificarse de los vicios a deshonra y huir de las codicias de la juventud. A continuación, debe perseguir la justicia, la fe, el amor y la paz, no solo, sino junto a aquellos que, como él, han adoptado una actitud de separación del mal y son llamados: «Con los que *de corazón puro* invocan al Señor». Este término describe un corazón que rechaza el mal y no puede conformarse con un camino común a costa de la verdad y de la santidad, un corazón totalmente apegado al Señor y a su Palabra. En los inicios de la Iglesia no se hablaba de aquellos que «de corazón puro invocan al Señor», pues todos lo invocaban de esa manera. En el capítulo 9 de los Hechos, Ananías le dice al Señor, refiriéndose a los discípulos: «A todos que invocan tu nombre» (v. 14). En [1 Corintios 1:2](#), el apóstol se dirige no solo a la iglesia de Corinto, sino «con todos los que en todo lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo, [Señor] de ellos y nuestro». Con estas palabras: «Los de corazón puro invocan al Señor», al apartarnos del mal, nos situamos en el terreno sano del principio, abandonado por la profesión cristiana. Al separarnos del mal, no salimos de la Casa de Dios, ni siquiera de lo que se ha convertido: una «casa grande» (v. 20); sino que, por el contrario, es para ser coherentes con los rasgos propios de la Casa de Dios por lo que nos purificamos del mal que la ha invadido, al tiempo que reconocemos el carácter irremediable del entorno en el que estamos llamados a dar testimonio. En esta lucha común por el bien moral y doctrinal, redescubriremos todas las preciosas verdades relativas a la Iglesia, contenidas en la Palabra, y podremos, aunque con gran debilidad, perseverar como los primeros cristianos: «En la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones» ([Hec. 2:42](#)). ¡Qué felicidad poseer la Palabra en todo su frescor y pureza! Dios nos la ha conservado intacta a lo largo de siglos de tinieblas, y la fe puede apropiarse de ella hoy para juzgar, combatir y anular todo aquello que la voluntad del hombre, pensando en destruirla, ha suprimido o falsificado.

6 - La actitud del siervo hacia los adversarios

6.1 - Lo que hay que evitar

Hay que evitar, como dice el apóstol a Timoteo, las cuestiones necias, insensatas o indisciplinadas. Estas cuestiones provienen del corazón natural, de la inteligencia

humana; si no se juzgan a la luz de la Palabra, generan disputas, ya que no son más que opiniones humanas, todas ellas equivalentes entre sí. Hay que someterse a la Palabra de Dios: es divina, no admite contestaciones; solo nos queda inclinarnos ante ella y no intentar juzgarla a la pobre luz de nuestra inteligencia natural.

6.2 - Las cualidades necesarias del siervo del Señor

El siervo del Señor no debe discutir, sino que debe ser manso con todos, apto para enseñar y paciente. En lugar de discutir, debe instruir con mansedumbre a quienes se oponen, pues estos pueden llegar a reconocer la verdad y someterse a ella, juzgándose a sí mismos; y confesar, por fin, que su oposición a la verdad procedía de Satanás, quien los había atrapado en su trampa. Satanás siempre busca falsificar y poner en duda la Palabra de Dios; sin embargo, solo a través de ella podemos ser instruidos y guiados, capacitados para hacer la voluntad de Dios y preparados para toda buena obra.

7 - El camino del fiel en los últimos días

En medio del desorden en que se encuentra la Casa de Dios, es un inmenso privilegio poseer la enseñanza divina y seguirla mediante un camino individual y colectivo, el de la Iglesia tal y como lo enseñó el apóstol Pablo en sus Epístolas, camino que nunca podría hacerse si permaneciéramos apegados al mal. Basándonos en este principio de obediencia, nos aferramos a la promesa del Señor en [Mateo 18:20](#): «Donde dos o tres se hallan reunidos a mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos». Ciertamente, nos gustaría ser más numerosos, y el Señor también lo desea; pero ¿no es mejor ser 2 o 3 con él y hacer realidad su presencia y sus promesas, que ser muchos sin él? Porque no estamos llamados a perseguir la justicia, la fe y el amor con todos, sino con aquellos que invocan el nombre del Señor con un corazón puro. En este terreno de separación, debemos velar con esmero porque nuestra conducta práctica se ajuste en todos los aspectos al pensamiento del Señor. ¡Qué incoherencia es encontrarse en el terreno de la verdad y no estar separados de la mundanidad! Debemos estar separados del mundo, así como haber salido hacia él fuera del campamento. En toda profesión, Dios quiere autenticidad, pues nos puede suceder lo que el Señor decía a sus discípulos: «Muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros» ([Mat. 19:30](#)). Es al débil Remanente que guarda su Palabra y no reniega de su nombre

a quien el Señor dijo: «Vengo pronto; ¡retén firme lo que tienes, para que nadie te quite tu corona!» ([Apoc. 3:11](#)).